

 <p>Pamplona - Iruña</p> <p>Centro Loyola</p>	<p style="text-align: center;"><b>JUEVES SANTO</b></p> <p style="text-align: center;"><b>Por José Enrique Ruiz de Galarreta, sj</b></p>
--	---

**El Jueves Santo** se centra en la Cena Pascual. Tenemos el peligro, (hemos caído de hecho en él) de celebrar ante todo "la presencia de Cristo en el Santísimo Sacramento", reduciendo la celebración de la Cena del Señor a la adoración del Santísimo Sacramento.

Las lecturas no nos permiten esta simplificación. La primera es el recuerdo de la institución de la Pascua, narrada en el libro del Éxodo (caps. 11 y 12), como lejano anuncio de la cena de Jesús.

En aquellos días, dijo el Señor a Moisés y Aarón en tierra de Egipto:

Este mes será para vosotros el principal de los meses, será para vosotros el primer mes del año. Di a toda la asamblea de Israel: el diez de este mes, cada uno procurará un animal para su familia, uno por casa. Si la familia es demasiado pequeña para comérselo, que se junte con el vecino hasta completar el número de personas; y cada uno comerá su parte hasta terminarla. Será un animal sin defecto, macho, de un año, cordero o cabrito.

Lo guardaréis hasta el día catorce del mes, y toda la asamblea de Israel lo matará al atardecer. Tomaréis la sangre y rociaréis las dos jambas y el dintel e la casa donde vayáis a comerlo. Esa noche comeréis la carne, asada a fuego, y comeréis panes sin fermentar y verduras amargas. Y lo comeréis así: las sandalias en los pies, un bastón en la mano, y os lo comeréis a toda prisa, porque es La Pascua, el Paso del Señor.

*Yo pasaré esa noche por la tierra de Egipto, heriré a todos los primogénitos del país de Egipto, desde los hombres hasta los ganados, y me tomaré justicia de todos los dioses de Egipto. Yo el Señor.*

*La sangre será vuestra señal en las casas donde habitáis. Cuando yo vea la sangre, pasaré de largo ante vosotros, y no habrá entre vosotros plaga exterminadora cuando yo hiera al país de Egipto.*

*Este será un día memorable para vosotros, y lo celebraréis como fiesta en honor del Señor, de generación en generación. Decretaréis que sea fiesta para siempre.*

La celebración de La Pascua era (es) la fiesta más importante de Israel. Se celebra el nacimiento del Pueblo, como un golpe de mano espectacular del poder de Dios, más fuerte que todos los poderes (simbolizados en Faraón y en el Mar), capaz de liberar a su Pueblo y sacarlo de la esclavitud hacia la Patria.

La interpretación eclesial es que Jesús es nuestra Pascua: el golpe de mano del poder de Dios, que nos hace salir del mar del caos original, que nos libra de la esclavitud del pecado, que nos pone en camino por el desierto alimentados con el Pan y el Vino que es su humanidad llena del Espíritu.

Estos símbolos eran tremendamente expresivos para una comunidad judía, más expresivos y aun revolucionarios para una comunidad de seguidores de Jesús que provenía del judaísmo: decir "Cristo nuestra Pascua" era una revolución, incluso una provocación. Hoy tenemos que explicar el significado, y un símbolo que necesita ser explicado pierde casi toda su fuerza. Así nos resulta más fácil entender la Pascua desde Jesús que entender a Jesús desde la Pascua.

Es cuestionable si hacemos bien en basarnos tan expresa y repetidamente en los símbolos del Antiguo Testamento. Todas las expresiones que hemos usado en el párrafo anterior ¿tienen algún sentido para los fieles? Nos vemos obligados a explicarlas, contar la historia de Israel, descifrar sus símbolos... Las comunidades cristianas en que se escribieron estos textos manejaban estos símbolos con naturalidad: formaban parte de su patrimonio religioso y cultural. Pero nuestras comunidades no son así. Si Israel tenía clara conciencia de la importancia del Paso del Mar para su nacimiento como pueblo, nuestras comunidades están muy lejos de tenerla y aun de entenderla. ¿Es necesario - es posible y/o conveniente - explicar a Jesús por medio de unos símbolos que deben ser a su vez explicados desde Jesús, y que a menudo resultan difíciles de captar? En una palabra, la Pascua del AT fue una buena mediación para entender a Jesús; pero ahora necesitamos otros mediadores para entender a ese mediador. Demasiadas mediaciones y demasiado estériles.

De todas formas, si se lee este fragmento, sugiero que se suprima la última parte (que en el texto superior hemos puesto en cursiva), porque me parece que no es posible leer desde Jesús la matanza que Yahvé perpetra sobre todos los primogénitos de Egipto. Imaginar al Dios de Jesús, a Abbá, el Padre de todos, asesinando niños inocentes para proteger a su pueblo privilegiado... es imposible. **Este fragmento no se debe leer, no se debería leer en ninguna celebración litúrgica, porque no sólo es difícil de explicar, sino completamente contrario al mensaje y al Dios de Jesús.**

Pienso que podría optarse por una lectura alternativa, igualmente referente a la eucaristía y que, además está avalada por el mismo Jesús:

#### **DEL LIBRO DEL ÉXODO (Cap. 15 – 16)**

Moisés hizo partir a los israelitas del Mar Rojo y los llevó hacia el desierto del Sur; caminando tres días por el desierto sin encontrar agua, llegaron por fin a Mará, pero no pudieron beber el agua porque era amarga (por eso se llama Mara).

El pueblo protestó contra Moisés, diciendo:

– ¿Qué bebemos?

El clamó al Señor, y el Señor le indicó una planta; Moisés la echó en el agua, que se convirtió en agua dulce. Allí les dio leyes y mandatos y los puso a prueba, diciéndoles:

– Si obedecéis al Señor, vuestro Dios, haciendo lo que él aprueba, escuchando sus mandatos y cumpliendo sus leyes, no os enviaré las enfermedades que he enviado a los egipcios, porque yo soy el Señor, que te cura.

Llegaron a Elim, donde había doce manantiales y setenta palmeras, y acamparon allí a la orilla del mar.

Toda la comunidad de Israel partió de Elim y llegó al desierto de Sin, entre Elim y Sinaí, el día quince del segundo mes después de salir de Egipto. La comunidad de los israelitas protestó contra Moisés y Aarón en el desierto, diciendo:

¡Ojalá hubiéramos muerto a manos del Señor en Egipto, cuando nos sentábamos junto a la olla de carne y comíamos pan hasta hartarnos! Nos habéis sacado a este desierto para matar de hambre a toda esta comunidad.

El Señor dijo a Moisés:

Yo os haré llover pan del cielo: que el pueblo salga a recoger la ración de cada día; lo pondré a prueba, a ver si guarda mi ley o no. El día sexto prepararán lo que hayan recogido, y será el doble de lo que recogen a diario.

Moisés y Aarón dijeron a los israelitas:

Esta tarde sabréis que es el Señor quien os ha sacado de Egipto, y mañana veréis la gloria del Señor... Esta tarde os dará de comer carne y mañana os saciará de pan; el Señor os ha oído protestar contra él; ¿nosotros qué somos? No habéis protestado contra nosotros, sino contra el Señor.

Por la tarde, una bandada de codornices cubrió todo el campamento; por la mañana había una capa de rocío alrededor del campamento. Cuando se evaporó la capa de rocío, apareció en la superficie del desierto un polvo fino parecido a la escarcha. Al verlo, los israelitas preguntaron:

– ¿Qué es esto?

Pues no sabían lo que era.

Moisés les dijo:

–Es el pan que el Señor os da para comer. ...

Los israelitas llamaron a aquella sustancia «maná»: era blanca, como semillas de coriandro y sabía a galletas de miel.

Los israelitas comieron maná durante cuarenta años, hasta que llegaron a tierra habitada. Comieron maná hasta atravesar la frontera de Canaán.

Jesús mismo se refirió a esta escena, aplicándosela a sí mismo: (Jn 6,49)

Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron; este es el pan que baja del cielo, para que quien lo coma no muera. Yo soy el pan vivo, bajado del cielo. Si uno come de este pan, vivirá para siempre;

Y es para nosotros una hermosa imagen de Jesús: como Yahvé alimentó (según la fe de Israel) a su pueblo en el desierto, el Padre nos alimenta ahora: Jesús es el que alimenta nuestra fe, nuestra esperanza y nuestro servicio. Nos alimentamos de Él. Nos alimentamos de su Palabra y de su Espíritu, que se nos da muy especialmente en la reunión de los hermanos, cuando compartimos la Palabra, cuando comemos juntos su pan y bebemos su cáliz. Es frecuente reducir el significado de este fragmento de Juan a la Eucaristía, pensar que Jesús es pan solamente en la eucaristía. Y no es así: Jesús, su palabra, sus hechos, sus valores, su muerte... todo Jesús es nuestro Pan, y por eso es la Eucaristía es nuestro pan, porque ahí nos alimentamos muy

especialmente de Jesús, nuestro Pan, nuestro, vino, nuestra agua, nuestro Viento.

### **LA SEGUNDA LECTURA es de Pablo a los Corintios. (1Cor. 11, 23-26)**

Yo he recibido una tradición, que procede del Señor y que, a mi vez, os he transmitido:

Que el Señor Jesús, en la noche en que iban a entregarlo, tomó pan y, pronunciando la acción de gracias, lo partió i dijo:

- "Esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía"

Lo mismo hizo con el cáliz, después de cenar, diciendo:

- "Este cáliz es la nueva alianza sellada con mi sangre; haced esto, cada vez que lo bebáis, en memoria mía"

Por eso, cada vez que coméis de este pan y bebéis de este cáliz, proclamáis la muerte el Señor, hasta que vuelva"

Sabemos que éste el texto eucarístico más antiguo, escrito alrededor del año 55, probablemente desde Éfeso, y anterior por tanto a la redacción de los evangelios. Con esta lectura conectamos nuestra eucaristía con toda la larga cadena de eucaristías celebradas por los cristianos desde el principio, desde las comunidades de Pablo, en el recuerdo del Señor Jesús tal y como él nos encomendó.

Me resulta muy significativo que las cuatro fórmulas eucarísticas de que disponemos (Marcos, Mateo, Lucas y Corintios) son diferentes entre sí, y que ninguna de ellas es igual a la que empleamos hoy en nuestra eucaristía. Podría ser un buen motivo de reflexión para los que entienden la "fórmula de la Consagración" como unas palabras cuasi mágicas que producen el milagro.

### **Del evangelio de Juan (13, 1-15)**

Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. Durante la cena, cuando ya el diablo había puesto en el corazón a Judas Iscariote, hijo de Simón, el propósito de entregarle, sabiendo que el Padre le había puesto todo en sus manos y que había salido de Dios y a Dios volvía, se levanta de la mesa, se quita sus vestidos y, tomando una toalla, se la ciñó. Luego echa agua en un lebrillo y se puso a lavar los pies de los discípulos y a secárselos con la toalla con que estaba ceñido. Llega a Simón Pedro; éste le dice: « Señor, ¿tú lavarme a mí los pies? » Jesús le respondió: « Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora: lo comprenderás más tarde. » Le dice Pedro: « No me lavarás los pies jamás. » Jesús le respondió: « Si no te lavo, no tienes parte conmigo. » Le dice Simón Pedro: « Señor, no sólo los pies, sino hasta las manos y la cabeza. » Jesús le dice: « El que se ha bañado, no necesita lavarse; está del todo limpio. Y vosotros estáis limpios, aunque no todos. » Sabía quién le iba a entregar, y por eso dijo: « No estáis limpios todos. » Después que les lavó los pies, tomó sus vestidos, volvió a la mesa, y les dijo: « ¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis "el Maestro" y "el Señor", y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, vosotros también debéis lavaros los pies unos a otros. Porque os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros.

Es el resumen final de Juan: "Yo para esto he venido al mundo". Me parece muy importante el hecho de que el cuarto evangelio omita el relato del pan y el vino y sitúe en el lugar que le correspondería el del lavatorio de los pies. Nos sirve para comprender mejor la intención de este evangelista: ya está narrados y divulgados, desde hace quizá veinte años, los hechos y dichos de Jesús. El cuarto evangelista pretende insistir en lo más significativo, dar más sentido e interpretar teológicamente lo que ya saben los cristianos. En el caso del lavatorio de los pies, da el sentido último de la eucaristía: ponerse a los pies de todos, ofrecerse, integralmente, para ser pan para todos.

## REFLEXIÓN

La celebración se debe centrar, por tanto, en la Cena de despedida, y en nuestra Cena. Es realmente preocupante la tendencia del pueblo cristiano a reducir los sacramentos a acciones físicas que deben tener el poder de producir efectos por sí mismas, "por su propia virtud", y para el individuo. En la eucaristía, apenas ponemos el acento en la reunión, en la oración, en el perdón, en el encuentro con la Iglesia... tendemos a poner el acento en la unión personal con el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Incluso tendemos a entender la presencia "real" de Cristo en la Eucaristía como una presencia casi "física" del Cuerpo de Cristo en la Hostia y de la Sangre de Cristo en el Vino... que demanda, ante todo, la adoración.

Una hermosa frase de Panikkar lo resume bien: "No es que en la Eucaristía el pan se transforme en Cristo, sino que Cristo es pan, y como tal se le reconoce en la liturgia eucarística". Aplicándolo a la celebración diríamos que no se trata tanto de que nosotros comemos ese pan sino que aceptamos ser pan, grano triturado y entregado para la vida del mundo. Sin esta dimensión de compromiso, de entrega al servicio, ni la vida ni la pasión de Jesús, ni nuestra vida ni la celebración de la eucaristía tienen ningún sentido.

Por esto resultan tan acertadas las lecturas. Nos recuerdan ante todo la celebración, la reunión, la Cena del Señor, que es lo que celebramos cada domingo. Y, por encima de ello, el espíritu de esta celebración, la comunidad de la Iglesia con su Cabeza, en aquello que define precisamente a Cristo, ser pan y vino, servicio que se entrega para dar vida.

Hoy es día para emocionarse. Dios es tan "para nosotros" que lo que mejor le representa es el pan. Jamás nadie ha sido tan osado como Jesús. Jamás nadie se ha atrevido a tanto. Jesús pan molido en la cruz, Jesús nuestro alimento, Jesús levadura de nuestra masa insípida, Dios nuestro pan. Ahora entendemos mucho mejor lo que decimos al rezar:

"Danos hoy nuestro pan de cada día"

Es también preocupante que la legislación de la Iglesia haya insistido tanto en asistir a Misa y tan poco en comulgar con Jesús: "oír misa entera todos los domingos y fiestas de guardar – Comulgar por Pascua Florida" --> los dos mandamientos de la Iglesia que aprendíamos de niños.

Para la teología catequética habitual hace algunos años, la Misa era ante todo "El Santo Sacrificio", y su momento culminante era la Consagración. La teología oficial actual sigue insistiendo fuertemente en el aspecto sacrificial y añade, generalmente a modo de verdadero añadido, el aspecto "convivial". Pero no es suficiente: el aspecto que llaman pomposamente "convivial" es lo esencial de nuestra reunión eucarística. El aspecto sacrificial es la esencia de la vida entera de Jesús, y esto se simboliza perfectamente en el pan y el vino. En la misa no estamos

ofreciendo a Dios el Sacrificio de Cristo en la cruz. Estamos uniéndonos a la entrega completa de toda la vida de Jesús.

\* \* \*

Después de la celebración de la Eucaristía, hay dos costumbres tradicionales y muy hermosas del pueblo cristiano: la veneración del Pan y el Vino de la Eucaristía, y la Hora Santa.

Guardar el Pan y el Vino de la Eucaristía para los enfermos, los ausentes... fue una costumbre que la Iglesia fue adquiriendo. Era lógico venerarlo con sumo respeto. De aquí hemos ido muy lejos, tan lejos que a veces algunos cristianos se parecen mucho a los paganos que creían tener a sus dioses guardados en casa. Nosotros no tenemos a Dios guardado en una cajita, ni Jesús necesita compañía. Jesús está resucitado a la diestra de Dios y Dios está en todas partes, no lo olvidemos. Nuestra veneración del Pan y el Vino de la Eucaristía debe remontar esas imágenes, que pueden ser válidas, pero que son insuficientes. El centro de nuestra atención es la Celebración de la Cena del Señor, y el Mensaje: Dios es el Pan y el Vino de la Vida, y esto lo hemos descubierto en Jesús. La increíble novedad de ese mensaje es muy superior a todo lo demás. La veneración del Pan y el Vio eucarísticos tienen poco sentido si los desligamos del sentido mismo de la celebración eucarística.

En la "Hora Santa" prevalecen algunas veces en demasía los aspectos sentimentales excesivamente subjetivos e imaginativos. "Acompañamos a Jesús en su desamparo". Está muy bien como aplicación de nuestros sentidos, y nos ayuda a identificarnos con Él, pero hay que ir más lejos, eso no es más que el ambiente: se nos ofrece una magnífica oportunidad de asimilar el profundo mensaje del abandono de Jesús, de su oración angustiada, de la noche del hombre... Y es una preparación magnífica para vivir intensamente la celebración del viernes.

Tradicionalmente se dedica parte de esta "Hora Santa" a la consideración del lavatorio de los pies. Y es claro que en ese relato del cuarto evangelio se encuentra una admirable síntesis. Tan admirable que, como hemos visto, para el evangelista puede desplazar incluso el relato mismo de la Eucaristía. Se nos muestra, muy acertadamente, que la contemplación de Jesús no termina en el sentimiento, ni en el acompañamiento emocionado: termina en la Misión. "Os he dado ejemplo para que, como yo lo he hecho con vosotros, así también vosotros lo hagáis".

Por eso, la veneración del Santísimo Sacramento y la Hora Santa deben estar orientadas a unir el jueves y el viernes. Comulgamos con Jesús, el que se entrega hasta la muerte, el que sirve hasta la muerte, el que se pone a los pies de todos aunque le cueste la vida.